



CONSEJO DIRECTIVO DE LA IDC

Río de Janeiro, 20 de mayo de 2005

Es para mí un honor presidir hoy en Río de Janeiro esta reunión del Consejo Directivo de la Internacional Demócrata de Centro, para cuya organización ha sido esencial el esfuerzo realizado por nuestros amigos del Partido Frente Liberal do Brasil, a los que expreso nuestro más sincero agradecimiento.

Querido amigo Jorge Bornhaussen: muchas gracias por vuestra hospitalidad y buen trabajo. Y enhorabuena por el vigésimo aniversario de la creación del Partido Frente Liberal do Brasil. Espero que los próximos 20 años os provean, al menos, de tantos éxitos como estos años pasados.

Estoy seguro de que el ejemplo de la buena gestión que han desarrollado en el gobierno federal personas como el Vicepresidente Marco Maciel, o la que están desarrollando en la actualidad personas como el Alcalde de Río de Janeiro, Cesar Maia, orientarán pronto a los brasileños hacia el camino que marca un partido como el PFL, coherente en lo ideológico y eficaz en la gestión.

Hoy quiero dar también la bienvenida a nuestra Internacional a tres partidos africanos: el Partido Demócrata Cristiano de la República del Congo, UNITA de Angola, y el Partido Republicano Democrático y Social (PRDS) de Mauritania. A todos, gracias por decidir formar parte de nuestra familia política.

Haríamos un flaco favor a nuestra internacional si aprovecháramos estas reuniones para hacer discursos autocomplacientes. Es cierto que podemos dedicar horas y horas a resaltar aquellas cosas en las que hemos avanzado. Pero creo que es un ejercicio mucho más honesto y eficaz

aprovechar nuestros encuentros para analizar aquellas cosas en las que debemos mejorar.

Y quiero referirme en primer lugar a lo que nos convoca, la Internacional Demócrata de Centro, que se encuentra en uno de sus momentos decisivos.

No me cabe duda de que hemos realizado un buen trabajo en las organizaciones regionales, esencialmente en el Partido Popular Europeo y la Organización Demócrata Cristiana de América. Y sin duda es significativo que cada vez más partidos africanos y asiáticos deseen incorporarse a nuestra familia política.

Pero eso no nos debe hacer desviar la vista del futuro. Una organización internacional de partidos políticos es una herramienta eficaz y útil si sirve para tres cosas: dar coherencia intelectual a nuestro discurso en todo el mundo; amplificar el eco de nuestras ideas; y apoyar a aquellos partidos y personas de nuestro mismo ámbito ideológico que pasan por dificultades.

Creo que la Internacional Demócrata de Centro trabaja desde hace tiempo por esas tres cuestiones. Pero nos queda mucho por hacer.

Desde el punto de vista de la coherencia intelectual, nuestro trabajo en el futuro nos exige dar respuesta a los nuevos retos de este inicio de siglo, sobre la base de los principios y valores que compartimos. Sabemos lo que somos, pero a veces parecemos no tener claro adónde vamos.

Necesitamos dar respuestas globales y coherentes desde el centro reformista a cuestiones como la nueva amenaza del terrorismo, el auge del

populismo en Iberoamérica, la falta de liderazgo en la Unión Europea o los retos a los que hay que hacer frente en Asia o África. Tampoco podemos olvidar asuntos globales que están ya sobre la mesa, como la reforma de las Naciones Unidas, la pandemia del SIDA, o los retos derivados del uso de la ingeniería genética.

Una internacional como la nuestra puede y debe convertirse en el referente político de muchos millones de ciudadanos que buscan soluciones y propuestas sensatas. Para dárselas hace falta anticiparse a la agenda política, en lugar de que nuestra agenda sea meramente reactiva.

En ese sentido, os propongo que intensifiquemos el debate ideológico en nuestra organización, del mismo modo que lo estamos haciendo hoy, pero de manera permanente. Es imprescindible que hagamos un uso inteligente de las nuevas tecnologías. El trabajo de la Internacional no se puede limitar a aprobar resoluciones en cada reunión, sino que debe basarse en un intercambio constante de ideas. No me refiero a que la Internacional deba llevar la iniciativa en la creación de los documentos, sino a que se convierta en un cauce eficaz por el que la información circule de manera efectiva en todas las direcciones. Cada día debemos intercambiar y compartir nuestras ideas y nuestro trabajo.

En segundo lugar debemos procurar un mayor calado de nuestras ideas en la opinión pública.

Esta región, Iberoamérica, es un buen ejemplo de nuestras debilidades. Hoy sobran dedos de una sola mano para contar los gobiernos afines a nuestras ideas, mientras crece el poder y la influencia perversa del populismo que socava los derechos de las personas.

La democracia vuelve a ser un valor en riesgo. Sus enemigos se sienten cómodos en un escenario de indeterminación en el que ideas fracasadas se esconden bajo nuevas denominaciones, ante la pasividad o complacencia de muchos gobiernos occidentales.

Es evidente que la amenaza es seria, y avanza rápido. Durante años parecía confinada al otro lado del Muro, o reservada a excepciones como Cuba. Incluso la euforia que provocó la conquista de la libertad por millones de ciudadanos de la antigua Europa del Este, hizo creer a muchos que la Libertad había triunfado de manera definitiva sobre el totalitarismo.

Los atentados del 11 de septiembre nos despertaron de ese sueño. Hoy somos conscientes de que la Libertad vuelve a estar en riesgo, amenazada por etiquetas distintas pero unidas en su odio a la libertad, como las del integrismo, el nacionalismo, o el populismo.

Frente a esta nueva amenaza, es imprescindible que nuestra Internacional se muestre firme. Pero además debemos abrirnos a todos los que aún creen en la persona y confían en que el mejor camino para nuestras naciones es el camino de la firme defensa de la Democracia y la Libertad. Y partiendo de esa actitud de apertura, debemos buscar fórmulas para que nuestras ideas tengan un mayor eco en nuestras sociedades.

No podremos hacerlo si dedicamos la mayor parte del tiempo a las luchas fratricidas entre partidos o personas de nuestra misma orientación, como a menudo ha ocurrido en nuestros países.

Por eso os animo a hacer juntos una reflexión sobre cómo ampliar los horizontes de nuestra internacional, escuchando a partidos y personas que comparten nuestras mismas ideas y valores, y que hoy están fuera de esta sala.

Y además de ser fieles a nuestras ideas y valores, debemos presentarlas de forma atractiva.

Debemos iluminar los ojos de la gente al hablarles de su derecho a la propiedad o a tener un empleo digno. Debemos hacer ver a cada persona que es dueña de su futuro, y que parte de ese futuro pasa por exigir responsabilidad a quienes gobiernan. Debemos convencer a las personas que todo es posible desde el realismo y el trabajo constante, y no desde viejas y fracasadas estrategias colectivistas.

Sabemos que podemos ser los mejores a la hora de crear empleo, repartir la riqueza, eliminar trabas y barreras o garantizar el derecho universal a la educación. Debemos ser un referente esencial cuando se hable sobre ética en las instituciones, y de coherencia en la oposición.

Y debemos ser firmes al denunciar cómo, en nombre de utopías caducas y criminales como el comunismo o nuevas ensoñaciones demagógicas y populistas, se destruyen las bases de las sociedades modernas. Esa alianza de comunismo y populismo alimenta el odio para acabar con la alternancia en el poder y destruir la democracia basada en el reconocimiento de los derechos fundamentales y la dignidad de la persona.

En tercer lugar, os invito a pensar conjuntamente sobre cómo podemos ayudar, desde la Internacional Demócrata de Centro, a aquellos partidos afines que pasan por situaciones complicadas. No me refiero a un mero asistencialismo económico, sino a fórmulas que permitan incrementar nuestras opciones en todos y cada uno de los países en que tenemos representación.

Creo que el siguiente congreso de la IDC debe ser un punto de inflexión en el que demos respuesta a esas tres cuestiones que hoy os planteo.

Además de esta reflexión en clave interna, quiero dedicar el último bloque de mi intervención, como es habitual en nuestras reuniones, a hacer balance de la situación política en el mundo. En justa correspondencia a la hospitalidad de nuestros anfitriones, además de por los riesgos latentes, comprenderán que comience por Iberoamérica.

Algunos quieren hacernos creer que la Democracia en Iberoamérica está condenada al fracaso. Incluso muchos de los que disfrutaban la Democracia, la Libertad o la Prosperidad en sus países de Europa, aceptan con indiferencia o justifican como natural el hecho de que el populismo se esté abriendo paso en Iberoamérica. Algunos apoyan con irresponsabilidad o simple frivolidad a los principales promotores de esa ola de populismo.

Ninguna nación está condenada a no ser libre, a no disfrutar de las libertades básicas, a no tener un gobierno representativo que responda ante los ciudadanos. A no contar con elecciones libres y periódicas.

Creo que todas las personas tienen derecho a voz y voto para elegir a sus gobernantes. A disfrutar de un sistema legal y judicial que garantice los

derechos de todos. A saber que la administración pública está al servicio de los ciudadanos y no al revés. A vivir en un país donde la libertad de prensa y de reunión sean sagradas. Esos son los bienes a los que todo el mundo tiene derecho. En París o en Bogotá, en Bagdad o en Berlín, en La Habana o en Kabul.

Durante la década de los 90 asistimos a importantes avances en relación a la consolidación de la Democracia en Iberoamérica. Pero en los últimos años asistimos a un nuevo retroceso de las libertades. Hace unos pocos años podíamos afirmar que Cuba era el único país en el que los ciudadanos carecían de libertad.

Hoy, Cuba sigue estando cruelmente sometida a la tiranía de un caudillo que mantiene en la opresión y la pobreza a la población. Que utiliza la fuerza del poder para aplastar iniciativas justas y legítimas como el Proyecto Varela que con tanto coraje y valentía está liderando nuestro amigo Oswaldo Payá. Que no duda en coartar la libertad de todos y cada uno de los cubanos que desean ser dueños de su propio futuro.

Pero por desgracia, Cuba no es el único problema de libertad en Iberoamérica, con ser una tragedia dolorosa que dura ya demasiado tiempo.

En mi opinión, un riesgo creciente en Iberoamérica hoy, como bien señala el PFL en la resolución que han presentado en esta reunión, está en lo que se podemos definir como el nuevo populismo. Por él entiendo movimientos políticos que reniegan de la democracia y que tienen un claro tinte antiliberal. Movimientos que sueñan con una falsa revolución continental, financiada por los pingües beneficios que da el petróleo, para exportar un

credo excluyente, anti-occidental y antidemocrático por todos los países de la región.

Y ese es un riesgo para todos, no sólo para los propios países que lo sufren. Porque el populismo, en cualquiera de sus formas, lleva a un retroceso en las libertades. Y la falta de libertad sólo lleva a la pobreza, a la opresión y a la marginación.

Debemos hacer una profunda reflexión sobre el camino para lograr el desarrollo. Y en esto, como en casi todo en la vida, conviene ser meridianamente claro. No hay atajos para lograr que un país se desarrolle. Y para ello se necesita perseverar en política adecuadas. Crear un marco de confianza para que los capitales necesarios acudan a invertir en el país. Abrirse sin temor al exterior. No hay futuro posible aislado del mundo. Todo este proceso tiene que durar décadas. La perseverancia en los acuerdos esenciales de la política económica es esencial en este sentido. El progreso vendrá de la mano de la estabilidad y de la liberalización continuada en el tiempo.

Y conocemos el caso inverso de países amigos que, a mediados del siglo pasado estaban a la cabeza de los países más prósperos del mundo. Que eran un foco de atracción para quienes huían de la pobreza que atenazaba a Europa. Pero que 60 años después, debido esencialmente a una gestión ineficaz e irresponsable, han dilapidado todo el capital que la historia les brindaba.

El principal riesgo para nuestros países es no creer en lo que se puede lograr. Y el populismo es la máxima expresión de una frustración política que se refugia en la búsqueda de atajos, y en la mirada permanente al

pasado. Quienes prometen una vía más rápida, apelando a confusos sueños continentales o a brumosos pasados de base étnica están simplemente socavando la legitimidad de las repúblicas que hoy conforman Iberoamérica. Ese es un camino peligroso.

Algo parecido hemos visto no hace mucho en Europa las consecuencias trágicas y criminales, de las ensoñaciones históricas que anteponen supuestos derechos colectivos a los derechos individuales de la persona. Es un camino que en el viejo continente acabó en tragedia. No dejemos que ocurra en Iberoamérica, donde el indigenismo radical puede ser la versión de este lado del atlántico del nacionalismo excluyente del viejo continente.

Creo que hay que hablar claro a las persona para darles esperanza. Esos riesgos existen hoy en Iberoamérica. El riesgo de buscar una alternativa falaz a una sociedad basada en la democracia, el reconocimiento de los derechos y libertades fundamentales, la economía de mercado y la apertura al exterior. El riesgo de anteponer supuestos derechos colectivos a los derechos individuales.

Pero soy optimista. Si centramos la atención en donde tiene que estar: en el fortalecimiento de las instituciones democráticas; en el apoyo al estado de derecho; en la aplicación de políticas económicas coherentes que busquen la liberalización y la apertura; en el impulso a los procesos de integración económica; creo que el futuro de Iberoamérica puede ser el que sus gentes merecen. No hay ninguna ley histórica que lo impida. Sólo hace falta ponerse a trabajar y perseverar en la tarea.

Espero que en procesos electorales tan decisivos como los que se celebrarán en el futuro próximo en países como México, Chile o Perú, impere el sentido común y la razón, y triunfen candidatos pertenecientes a esta internacional, dispuestos a sentar las bases de las políticas que mencionaba antes.

Hay otro peligro que nos amenaza no sólo en Iberoamérica, sino de manera global. Como pueden imaginar, me refiero al terrorismo.

En nuestra lucha permanente contra el terrorismo, debemos tener siempre presente la memoria de todas las víctimas. Conocen ampliamente mi posición en esta materia porque es una constante en todos los discursos que he pronunciado e incluso en mi actitud vital. Me limitaré a decir que no podemos ser complacientes, ni esperar que el apaciguamiento sea la solución a las nuevas amenazas de nuestro tiempo.

Todos los terrorismos son iguales. En Colombia, España, Estados Unidos, Argelia o Iraq. Y todos los terroristas deben saber que van a ser derrotados y que pagarán sus delitos ante la justicia. Para derrotar al terrorismo hace falta la cooperación de todos, perseverancia, determinación y coraje para no ceder nunca al chantaje criminal. Pero necesitamos, sobre todo, el acicate moral de las víctimas, que dan sentido ético a la lucha de la civilización y la libertad frente al terror y la sinrazón.

Hoy es inevitable recordar que el frente principal de la guerra contra el terrorismo está en Iraq. La intervención de hace dos años fue polémica. Pero hoy hay que mirar al futuro. Los iraquíes han votado en condiciones muy difíciles, casi heroicas. Justo lo que odian los terroristas, que las

personas muestren sus deseos de libertad. El deber de todos los demócratas del mundo es apoyar la naciente democracia iraquí. Porque la libertad puede arraigar también en esa parte del mundo. Y la responsabilidad de quienes de todos nosotros es ayudar a dar seguridad y libertad a los iraquíes.

Lamentablemente hay estados que no pueden ejercer su soberanía plenamente sobre todo su territorio, porque está ocupada en algún caso por fuerzas terroristas que han hecho del terror, del narcotráfico y de la extorsión su modo de vida. Ese es un riesgo gravísimo al que toda la comunidad internacional debe hacer frente, ayudando a los gobiernos legítimos a extender la soberanía democrática efectiva por todo el territorio nacional. Desde aquí todo nuestro apoyo a gobiernos como el de Colombia, que con el apoyo del Partido Conservador está trabajando de manera seria y efectiva contra el terrorismo.

En Europa, nos encontramos en un difícil momento de indefinición, tanto en relación a la construcción europea como al posicionamiento de Europa en el mundo, en especial en la relación atlántica. Una relación que es esencial no sólo para la libertad y la seguridad de Europa, sino para el avance de la democracia y de la libertad en todo el mundo.

Esperamos que el próximo triunfo de nuestros amigos de la CDU en Alemania reconduzca la situación, y que ocurra algo similar en el resto de los partidos de nuestro ámbito ideológico.

Quiero señalar también la esperanza que nos llega de la antigua Europa del Este, con países que han decidido no sólo avanzar en el camino correcto de la integración europea hasta ocupar el lugar que merecen en la

historia, sino convertirse en referentes éticos en la lucha contra los totalitarismos en todo el mundo. Lo personalizo en un luchador por la libertad como Vaclav Havel, convertido en un referente moral para quienes defendemos la libertad y la democracia en cualquier lugar del mundo.

Creo que es de justicia reconocer también lo que está ocurriendo en África y Asia. Hoy hemos dado la bienvenida a nuestra internacional al Partido Demócrata Cristiano de la República del Congo, UNITA de Angola, y el Partido Republicano Democrático y Social (PRDS) de Mauritania.

Y es justo reconocer el esfuerzo que el Partido LAKAS de nuestro amigo Jose de Venecia está realizando para difundir nuestras ideas por Asia.

Sin duda alguna en esas regiones del mundo la libertad y la democracia están avanzando con paso firme. Haciendo frente a las amenazas que todos sufrimos y a otras derivadas de sus circunstancias especiales, como la pobreza o la marginación. Pero hay que decir con firmeza que sólo el camino de la libertad y de la democracia es el que lleva al desarrollo y el bienestar. Otras tentaciones, el atajo del colectivismo o de los populismos, sólo llevan a la pobreza, la opresión y la tiranía. No se me ocurre ninguna razón para que nadie vea negado su derecho a vivir en una sociedad libre y dentro de un sistema político que reconozca y garantice sus derechos fundamentales y su dignidad.

Termino mi discurso haciendo un humilde pero sentido homenaje a una figura capital del siglo XXI que nos ha dejado hace poco, Su Santidad el Papa Juan Pablo II.

Juan Pablo II no solo ha sido el referente moral para muchos de nosotros, sino que ha pasado a la historia como uno de los líderes más relevantes

de nuestro tiempo. Su testimonio y su valentía fueron determinantes para que la Libertad triunfara en muchas partes del mundo y para que millones de personas tuvieran un futuro de esperanza y dignidad.

En su última visita a España, Juan Pablo II, que tanta conexión tuvo con los jóvenes, les dijo lo siguiente: “Sed valientes, no tengáis miedo”.

Creo que esa máxima debe alcanzar no solo a la actitud personal de cada uno de nosotros, sino también el de los retos futuros que debe abordar nuestra organización.

Dicho lo cual, sólo me resta agradecerles a todos su dedicación, y desearles que disfruten (con moderación) de esta maravillosa ciudad de Río de Janeiro.